



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

—
ES PROPIEDAD
—



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTÍN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Imp. y Libr.
S. Bernardo, 92.—Teléfono núm. 3.071.



LA CALAVERA

EL chiflado habló así:
“Desde que por imitar á Perico Gonzalvo, que la echa de elegante y de original, puse en mi habitación, sobre un zócalo de terciopelo negro, la maldita calavera (después de haberla frotado bien para que adquiriese el bruído del marfil rancio), empecé á dormir con poca tranquilidad, y á sentirme inquieto mientras velaba. La calavera me hacía compañía y estorbo, lo mismo que si fuese una persona, y persona fiscalizadora, severa, impertinente, de esas que todo lo husmean, y censuran nuestros menores actos en nombre de una filosofía indigesta y melancólica, de ultratumba. Cuando por las mañanas me plantaba yo frente al espejo para acicalarme, tratando de reparar, dentro de lo posible, el estrago de los cuarenta en mi rostro y cuerpo, no podía quitárseme del magín que la calavera me miraba, y se reía silenciosa y sardónicamente cada vez que aplicaba yo cos-

mético al bigote y traía adelante el pelo del colodrillo para encubrir la naciente calva. Al perfumar el pañuelo con esencia fina, al escoger entre mis alfileres de corbata el más caprichoso, oía como en sueños una vocecilla estridente, sibilante, mofadora, que articulaba entre la doble hilera de dientes amarillos todavía implantados en las mandíbulas: "¡Imbéciiiil de vaniiiiidoso!, Será una tontería muy grande; pero lo cierto es que me molestaba de veras.

„Por las noches, al recogerme, noté que la calavera se ponía más cargante, entrometida y critica. Su respingada nariz y su boca irónica, tan parecidas (salvo la carne) á la expresiva fisonomía de Don Cándido Nocedal, me preguntaban y acusaban con una chunga despreciativa, capaz de freir la sangre al hombre más flemático:—¿Por dónde has andado, vamos á ver, grandísimo perdido, botarate de siete suelas? ¿Qué nido era aquel donde entraste esta tarde tan de ocultis? ¿Se puede saber quién te esperaba allí? ¿Y tē crees buenamente, presumido, que con tu calvita y tus arrugas y tus cuarenta del pico estás ya para seducir á nadie? Por los monises, por las sangrías que tē dan al bolsillo, campas tú, que si no... Vamos á ver: ¿qué te sacaron hoy con tanta zaragatería de la cartera? ¿No fué un billete de á cien? ¿No salió luego otro de á cincuenta por contrapeso? ¡Ah, memo Paganini, caballo blanco! ¡Lo que se divertirán con ese dinero á cuenta tuya!...

„Le aseguro á V. que la calavera, en este punto, entreabría el tenazón de sus mandibu-

las, y se reía bajo, sin que las ondas de su silenciosa carcajada agitasen las del aire. Aprentando los dientes otra vez y adoptando el énfasis doctoral de quien sermonea sobre las miserias y locuras del mundo —mientras yo procedía á mis abluciones nocturnas ó buscaba en el armario de luna la camisa de dormir—continuaba:

—“Y después, ¿á qué más andurriales te condujo tu flaqueza? Lo sabemos, lo sabemos, aunque V. se lo tenga muy bien callado. Al Congreso, á adular al ministro Calabazote y al general Polvorín. A arrastrarte por los suelos, á ofrecerte incondicionalmente para todo lo que te ordenen y manden, á mendigar un distrito, ese soñado distrito que nunca llega, ni llegará, porque á ti te emboban con buenas palabritas y te sostienen hace cuatro años con la boca abierta esperando el higuí... Del Congreso... ¡No me lo niegues, porque estoy muy bien informada! Del Congreso te fuiste á la redacción del *Estómago*, diario ministerial que cobra cinco subvenciones y media, á que te insertasen un sueltecito de tu puño, donde te das bombo, incluyéndote en el grupo de personas caracterizadas que se disponen á prestar incondicional apoyo á la política de nuestro ilustre jefe Calabazote. Y á renglón seguido...

„Aquí me revolví furioso contra la intransigente censora, diciendo:

—“Bueno: ¿y á renglón seguido, qué? A renglón seguido me fui á comer con unos amigos... ¡Me parece que cosa más inocente y natural!...

—„¡Tate, tate!— replicaba la calavera insufrible.—Las cosas, dichas así, parecen lo más sencillito... Pero á mí no me la das tú, aunque vuelvas á nacer cien veces... Ya soy vieja. Ya se me ha caído todo el pelo. La experiencia me hace sagaz. Fuiste á comer en casa del banquero Tagarnina, no porque sea amigo tuyo ni porque le estimes, pues bien persuadido estás de que su riqueza la granjeó arruinando á muchos infelices y saqueando al país con contratas y empréstitos, sino porque tiene buen cocinero y exquisita bodega, y también porque su mujer, ¡que es una mujer de patente!, has soñado tú que te mira con buenos ojos... cuando lo que hay es que los tiene preciosos, y no ha de ponerse á bizcar si los fija en tu cara. La verdad desnuda... ¿A que no se te ocurre ir á hacer penitencia con tus amigos los de Martínez, que te ofrecerían un modesto pucherito? Tagarnina ya es otra cosa; aquel Borgoña añejo... aquel Rín de principios del siglo... aquellas trufas de la *poularde*... Vamos, que aún se te hace agua la boca, compañero, si de eso te acuerdas... ¿Eh? ¿Qué magnificas estaban? Aún te relames, epicúreo... Y ahora, ¿qué tal? ¿Vas á acostarte para digerirlas como un prior?

„¡Acostarme! No, y ello es que no había más remedio. Encendida mi lamparilla, entreabría con cuidado las sábanas, me descalzaba, y ¡zas!, me hundía en el lecho blando. El primer momento era de bienestar incomparable. Mi cuarto y todos mis muebles son confortables y regalones, como de solterón egoísta que adorna

y prepara un rincón á su gusto, á fin de vivir en él hecho un papatache, saliendo fuera á comer y almorzar y teniendo su criadito que por las mañanas limpie y arregle. En la cama había puesto especial cuidado, considerando que la mitad de nuestra vida se desliza en ella. La lana más rica para el colchón; el plumón más caro para edredones y almohadas; mantas suaves, que se ciñen al cuerpo y no pesan; un cubrecama antiguo, de seda bordada de colores; en suma, una cama de arzobispo que padece gota y se levanta tarde. ¡Ay! ¡Qué bien me sabía la camita deliciosa antes de que por rutina, por ese espíritu de plagio, que es el cáncer de nuestra sociedad, incurriese yo en la tontuna de traerme á mi cuarto una porquería como la dichosa calavera!

„Apenas empezaba á conciliar el primer sopor entre el grato calorcillo de las amorosas mantas, la calavera, antes tan campechana y bromista, mudaba de registro, se ponía trágica, y balbucía—en honda y cavernosa voz, que sonaba cual si girase entre las descarnadas vértebras por falta de laringe,—cosazas pavorosas y tremendas. De las cuencas llenas de sombra parecía brotar diabólica chispa. Los dientes castañeteaban como estremecidos por el pavor. Yo sepultaba la cabeza entre las sábanas temiendo *oir*; pero el caso es que oía, oía; la voz de la calavera penetraba al través de aquel muro de lienzo, y, deslizándose como una sierpe en el hueco de mis oídos, llegaba á mi cerebro excitado por el estúpido temor y la

sugestión del insomnio, que se convierte muy luego en el insomnio mismo.

—„¡Hola! ¿Qué es eso? ¿No duermes, no te entregas como otras veces al placer de roncar á pierna suelta, después de hacer tu gusto todo el santísimo día? ¿Es acaso mi proximidad lo que te desvela? ¡Ah, bobo! ¡Inconsecuente! ¿Pues no piensas tú, para mayor comodidad tuya, para quitarte los escrúpulos y vivir según te acomoda y no privarte de nada, que yo soy únicamente un poco de fosfato de cal, la cáscara de una nuez ya digerida por el tiempo? Pues si soy *eso*, ¿por qué cavilas tanto en mí, hombre pusilánime? ¿Hase visto fantasmón? ¿Explicame por qué se te ocurre á veces cavilar qué será de mi alma, por dónde andará rodando? ¿Conque mucho de despreocupación, y espíritu fuerte, y materialismo de Cervecería Inglesa y Café de Viena, y apenas apaga V. la palmatoria ya le tenemos acordándose de...”

„Los dientes de la calavera—ó tal vez los míos—se entrechocaban con fuerza convulsiva, y salían entrecortadas estas dos palabras tremendas:

—„¡La Muerte!... ¡El Infierno!

„La calavera prosiguió más bajito aún:

—“El Infierno... quedamos en que no crees en él. ¿Crear en esas papas? Está bueno para las viejas y los niños. Un hombre como tú, ilustrado, moderno, se ríe de semejantes farsas. ¿Tenazazos, llamas, calderas, gemidos, demonios rabudos, eternidad de penas? A otro perro con ese hueso. Corriente: descartemos el Infierno...

Mandémoslo retirar á toda prisa. No sirve ya. Al cesto con él..

„Daba yo una vuelta en la cama, buscando postura mejor, y la calavera susurraba:

—“Pero lo que es en *lo otro*... en la de la guadaña... Vamos, lo que es en esa... crees á puño cerrado. ¿Acerté?,

„Un soplo glacial acariciaba mis sienas. En la raíz de mis cabellos, gotitas de sudor se cuajaban. Mis nervíos, encalabrinados, gritaban con furia: —Cualquiera duerme hoy.

—„Vamos, que de esta vez he puesto el dedo en la llaga—recalcaba la calavera.—¿A que sí? No la echés de guapo, compañero; aquí no estamos á engañarnos... Nos conocemos, camará. Tus medranitas te pasas de vez en cuando, acordándote de la *hora* que ha de sonar sin remedio alguno... Porque, ¡mira tú qué cosa más diabólica! Nunca te llegará, probablemente, la de salir diputado, gracias á la influencia de Calabazote; es regular que tampoco suene la de tu primer cita con la señora de Tagarnina el banquero; casi puede jurarse que no verás la de cobrar aquel pico que te deben, ni la de que te adjudiquen la hacienda del Encinarejo, ni la de colgarte la gran cruz, ni ninguna de esas horitas que tu vanidad desea... Pero en cambio, la hora... aquella en que no quieres pensar nunca..., aquella que te empeñas en suprimir con la imaginación;... lo que es esa... aunque se descompongan todos tus relojes... ha de sonar, más fija, más puntual... más exacta! ¡Ni un segundo de atraso... ni uno!

„Temblor general se apoderaba de mis miembros, y en las sienes parecía que me pegaban furibundos martillazos.

“Hace poco días—continuaba la voz—viste morir de una pulmonía fulminante al bueno de Paco Soto. La víspera de caer en cama corristeis una broma en Fornos con la Belén Torres... ¡Ya ves si tengo yo informes! A mí no se me escapa ni esto... ¡Cuánto se reía Paquillo! Bueno: pues tú llevaste una cinta de su féretro... ¿No te acuerdas? Y estuviste en la Sacramental, y viste cómo le metieron en el nicho... ¿A ti te gustaría que te soplasen en un nicho? ¿A que no? Más calentita está la cama tuya... y más blanda... ¿eh? Pero lo del nicho tiene que llegar... ¿Y qué me dices? ¿Por dónde andará Paco Soto, con aquellas guasas que gastaba y aquella afición suya á cazar y á comer y á beber seco? ¿Crees tú que es enteramente imposible que el alma de Soto...? ¡Ah! No me acordaba de que eso del alma se te hace á ti muy duro de tragar... muy durillo. Bueno: admitido que eso del alma... Pero si en cerrando el ojo se acaba toda la fiesta, ¿por qué diantres me tienes así... este respetillo... este pavor... este?... Mira... ahora calo yo tu conciencia, hasta lo más hondo de ella... Mañana has determinado echarme al pozo... ¡Qué vergüenza!... ¡Cobardel! Me has cogido miedo, miedo supersticioso, pero cervical... ¡Ja, ja! Miedo, miedo. Como se lo tienes á lo otro,... al final,... al desenlace de la comedia... Por eso me echarás al pozo; porque yo soy una vocecita misteriosa que te habla de lo que

hay por esos mundos desconocidos... y, mal que te pese... ¡chúpate esa!, reales, reales... reales!

„Me incorporé en la cama, con los pelos erizados.—Bribona, mañana te juro que vas por la ventana á la calle. Espantajo del otro barrio, yo te ajustaré las cuentas. A tu sitio, que es la tierra; á pudrirte, á disolverte, á hacerte polvo impalpable. Lo que es de mí no te ríes tú. Ahora... á la perrera, á la leñera... A la basura, que es tu sitio.

„Encendí fósforos, la palmatoria, el quinqué... Así el cráneo, y lo arrojé con ira al cajón de la leña. Lo célebre es que no me atreví á volver á acostarme. Pasé el resto de la noche en un sillón, azorado, nervioso, como si custodiase el cuerpo de un delito, la prueba de un crimen. Rayó el alba, y en el mismo sillón concilié algunos minutos de agitado sueño. Así que fué día claro, saqué la calavera, que me pareció á la luz del día un trasto ridículo; la envolví en un número de *La Correspondencia*; salí de casa, tomé un simón, y di orden de ir por la Ronda de Embajadores, hasta topar con un sitio retirado. Cerca de unas yeserías arrojé el bulto, que al caer dió contra una piedra, y desenvolviéndose del periódico, rebotó con ruido seco y lúgubre.—¡Ah, recondenada calavera! Ya no volverás á darme que hacer. Poco me importa que creas que te temo... No es á ti, fúnebre espantajo; es á mí propio, á mi imaginación, á mi cabeza loca á quien tengo un poco de miedo: por lo demás... Ahí te quedas, hasta que te descubra algún chicuelo que juegue contigo á la pelota...

„¡Con qué gusto me metí aquella noche en la cama! Iba á dormir, á reposar deliciosamente...”

—¿Y reposó V.?

—¡Ay, señora! contestó á mi interrupción el chillado. La calavera ya no estaba en su zócalo de terciopelo... ¡Pero si viese V.! De la habitación no había salido. Estaba más cerca de mí, estaba precisamente en el sitio de donde yo quise arrojarla... ¡Aquí, aquí! repitió golpeándose la frente y el pecho.



CUATRO SOCIALISTAS

Por extraordinario, estaba la mar como una balsa de aceite. Las olas, de un verde vítreo alrededor de la embarcación, eran á lo lejos, bajo los rayos del sol, una sábana azul, tersa y sin límites. La hélice del vaporcillo batía el agua con rapidez, alzando, entre olores de salitre, espuma bullente y rumorosa.

De los pasajeros que se habían embarcado en Cádiz con rumbo á las africanas costas, cuatro, agrupados en la popa, conversaban. No se ha visto cosa más heterogénea que las cataduras de los cuatro. Uno era membrudo y rechoncho, y á pesar de vestir la holgada blusa del obrero, á tiro de ballesta se le conocía ser de aquellos del brazo de hierro y de la mano airada, y que había de caerle bien á su tipo majo el marsellés y el zapato vaquerizo. Gastaba aborascadas patillas negras, y chupaba un puro grueso y apestoso. El otro, caballero por su ropa y por sus trazas, era alto y descolorido, de cara inteligente y seria; sus ojos miopes, fatigados, de rojizo y lacio párpado, los amparaban lentes de

oro. El tercero era un viejecito, tan viejecito, que le temblaba la barba al hablar, y la falta de dientes le sumía la boca debajo de la nariz; y si no mentía el burdo sayalote negruzco, el manto de la misma tela y color, con cruz roja, el cordón de triple nudo y las sandalias, pertenecía á alguno de los numerosos colegios de Misioneros Franciscanos establecidos en el litoral de Africa. El cuarto... es decir, la cuarta, llevaba el desairado hábito de las *Hermanitas de los Pobres*; era joven, coloradilla, de cara inocentona y alegre, parecida á la de ciertas efigies de palo que se ven en los templos de aldea. El obrero estaba sentado sobre un fardo, con las piernas muy esparrancadas; los demás de pie, reclinados en la borda.

—Pues na, que el hombre se cansa de vivir á la sombra y aguantando malquereres—gruñía el de la blusa, ceceando y escupiendo de costado.—O ha de ser uno un borreguiyo que diga *amén* á cuanto se le antoje al patrón, y se deje chupar la sangre toda, ó ya sa fastidiao. Y aluego le cuelgan á usted el sambenito: que levanta usted de cascos á los demás, y que donde está usted se armó la gresca. Porque me vieron en un *mitin*, ya toó Dios que se desmandaba tenía yo la culpa. Porque un día cae una pelotera cerilla... un descuido... en el almacén, y se alsa una llamará que se quería tragar la fábrica... ¿quién había de ser? Curro, y aposta. Yasté ve que... fumando...

—Pues mucho cuidadito—respondió el de los lentes— con que en el gran establecimiento agri-

cola industrial en que le daré á V. trabajo, caiga cerilla ninguna... ¡Eh! Porque yo tengo tan malas pulgas como los patronos.

—Y es la fija; tóos los burgueses, idénticos—declaró el obrero con voz opaca y sombrío mirar.

—No soy burgués—repuso con imperceptible desdén el aludido.—Mi padre hacía zapatos en Ecija. A fuerza de privaciones me dió carrera. Seguí la de ingeniero mecánico. No poseo un céntimo de capital; sólo tengo mi cabeza y mi corazón. Paso al Africa á dirigir en parte una empresa que se funda con dinero inglés y brazos españoles, á competencia con las industrias francesas, que son allí las boyantes. Estaré al frente de los talleres. Se me ha dado carta blanca, y podré aplicar las nuevas y humanitarias ideas sociológicas, relativas á la vida fabril. Bajo mi dirección no habrá explotados. Se amparará á la mujer y al niño. Se ensayará la cooperación. Moralidad, equidad, justicia. Si no, dejo el puesto. Pero... ¡al que me revuelva el cotarro... sin escrúpulo ninguno, y como á un lobo rabioso... le salto la tapa de los sesos! V. verá si le trae cuenta entrar en mis talleres.

Habiase puesto de pie el obrero, y en sus morenas facciones y por su frente de bronce, expuesta al sol, corrían como olas enrespadas arrugas profundas, surcos de odio. Su mano se crispó en la cintura, señalando bajo la blusa el relieve del ancha navaja cabriterera.—Mas de pronto, y sin transición, con la movilidad del

meridional, adoptó expresión halagüeña, melosa, casi humilde, y dirigiéndose al Franciscano y á la Hermanita más que al de los lentes, exclamó:

—¡Pues no que no entraría! Clavos timoneros soy capaz de arrancar con los dientes pa enviar algo de parné á la mujer y á los chiquititiyos. El corazón traigo como una lenteja, de que se me queden allá hambreado, después de tantas crujidas y tantas necesidades como aguantaron ya en este pinturero mundo. En especial la gurruminiya de once meses, me la llevaría yo, si pudiera, en los hombros como San Cristóbal, y la daría yo tortas de almibar amasás con mi sangre. ¡Por estas!

Y al besar la cruz de los dedos, una lágrima asomó repentinamente á los lagrimales del anarquista incendiario.

—¡Válganos la Virgen Santísima, qué desgracias hay en la tierra!—exclamó la Hermanita con simpatía profunda.

—Eso está muy bien—pronunció con calma el ingeniero.—Quiera V. mucho á sus chicos, y trabaje para ellos, y no se ladee... y le irá mejor. De los atentados y los crímenes no nace la justicia social. ¿A que el Padre está conforme?—añadió dirigiéndose al franciscano.

—Entiendo poco de estas novedades de ahora—contestó el fraile afablemente, en voz cascada y lenta.—Yo, con decir misa, confesar y obedecer... Lo único que sé, es que nosotros, desde hace quinientos años, vivimos bajo el sistema de la comunidad de bienes. Por nosotros, aun-

que todo se repartiera... Ya ve V.: no podemos poseer ni el valor de un céntimo; no somos propietarios ni aun del sayal que nos cubre. Si V. me pregunta sobre eso, de que tanto se habla, del socialismo... un pobrecito fraile como yo, lo único que opina es que los ricos, por su propia conveniencia y para ganar el cielo, deben ablandarse de entrañas y dar mucha limosna... y los pobres ser resignados y laboriosos, porque dice el Evangelio que pobres siempre los habrá en el mundo, siempre...

—Bonito conzuelo é tripaz—gruñó el anarquista.

—¿Qué hizo nuestro Santo Patriarca?—prosiguió el viejecito con una llama de entusiasmo en las pupilas.—Dió cuanto tenía á los pobres... No quiso propiedad, no quiso dinero, porque la codicia es la que estraga el corazón... Nos descalzó, nos mandó pedir limosna... Quiso que todos fuésemos iguales, sin vanidades, ni distinciones, ni soberbias tontas, que se han de acabar en el sepulcro... ¿Hablan de nivelación social? Me parece que para nivelados... Que lo diga aquí la Hermanita; es cosa muy buena el ser libre y pobre; el dar de puntapiés, así, con la sandalia, al mundo y á las riquezas malditas.

—¡Ay, Padre!—respondió la simplona.—Ya que pregunta á servidora... si no me regaña... le diré mi parecer. No soy como V. Soy muy codiciosa. ¡Vaya si me gustaría que se repartiesen tantos millones como andan por ahí mal empleados! Cogería servidora un par de cientos de milloncitos... y ¡anda con ella!

—¡Hermana Belén!—advirtió severamente el fraile.

—¡Pero, Padre Salvador! V. es un santo, y como es un santo, ni ve, ni oye, ni entiende. ¿Ha estado en Madrid, en alguno de esos palacios tan atroces? Servidora, sí... que me llevó la mujer del cochero á ver las cuadras de aquél grandísimo que está junto á Recoletos... antes de la Castellana. ¡Padre del alma! Hasta espejos y fuentes, y pilas de mármol blanco, y alfombras tenían los caballos allí. ¡Y nuestros ancianitos sin mantas con qué abrigarse en el invierno, arrecidos, tiritando! ¡Y los niños, ángeles míos, traspillados de miseria! No me llame tonta... yo sé lo que me digo... Había un perrito de la señora marquesa, que me lo trajeron en un cesto acolchado de raso, y era un bicho horrible... con unos pelos... una rata me pareció, tanto, que servidora pegó un chillido, así: ¡Uyy! Pues el perro había costado allá en Inglaterra cinco mil pesetas... ¿V. lo oye, Padre? Cinco mil... Con cinco mil pesetas se echan los cimientos del Asilo para los ancianos...! Y al avechucho aquel me lo lavaban con jabón y agua de olor todos los días!... ¡Que si quiero repartó!

La carita de madera se había transfigurado; una ráfaga de pasión hacia brillar los ojos, fruncirse las cejas, palidecer las mejillas y dilatarse la nariz redonda.

—Si no fuera tan sencilla como es, hermana Belén, ahora merecería una peluca gorda—contestó el fraile.—Baje, baje á la cámara á ver cómo sigue del mareo la compañera.

La monjita obedeció, cruzando las manos, y echó á andar, sonándole las cuentas del rosario cuando bajaba la escalera. El vapor volaba, como si le animase la proximidad de la costa.

A lo lejos se divisaba ya el faro de Tánger.

